

CAPITULO CCXXXVII.

Muerte del marques de Toralto.—El duque de Guisa.—Queda organizada por él la insurreccion.

Ya hemos dicho que el príncipe de Massa, marques de Toralto, deseoso de evitar la efusión de sangre, y tratando de hacer un bien á su país, habíase puesto al frente de la revolucion con el propósito quizás de cortarla, pero que alcanzó un fin distinto del que se propusiera.

El que, como en otro lugar hemos visto, había defendido tan valerosamente á Tarragona, evitando que cayese en poder de los franceses, cometió en estas circunstancias una falta imperdonable no comprendiendo que la volubilidad de las masas y su ignorancia podían ponerle en más de un grave compromiso.

Las pasiones habíanse desencadenado con sobrada violencia; el pueblo habíase ensoberbecido con su propia fuerza, veía que hasta entónces la fortuna le sonriera y no quería ni estaba en situacion de ceder á los consejos de la prudencia.

Empeñóse en hacer una mina con objeto de volar el castillo de San Telmo y cuantos individuos hubiera en él, y á esta obra dedicóse con el ardor que las turbas emplean siempre cuando una idea se les ocurre.

El marques de Toralto juzgó desde luégo de imprudente semejante trabajo y procuró disuadir al pueblo de proseguirle, al ménos bajo las condiciones que lo estaban haciendo.

Mas, ¿quién era capaz de disuadirle de aquello en que con tanta fe creía?

Estaba seguro del éxito; veía ya la robusta fábrica destruida y sus defensores destrozados y no era posible que la prudencia pudiese hacer mella en sus exaltadas imaginaciones.

El Marques volvió á amonestarles de nuevo; hizoles presentes los riesgos que iban á correr, pero todo fué en balde.

La mina prosiguió adelante y presto estuvo en disposicion de prestar el servicio que se esperaba de su construccion.

Una vez llegado este caso el éxito correspondió á las presunciones del de Toralto.

Reventó, y en vez de ofender á los del castillo, sembró la muerte y la destruccion entre las filas populares.

La ira entónces, unida al despecho y al dolor, no conoció límites.

Pero en vez de deplorar su imprudencia, en vez de comprender la torpeza cometida desoyendo los consejos de la experiencia, sospecharon que todo había sido hijo de una trama urdida por el Marques, y encendida la hoguera de su indignacion, profiriendo terribles amenazas contra él, lanzáronse á su encuentro.

Fácilmente le encontraron.

El de Toralto, bien ajeno de la tempestad que le amenazaba, al tener noticia del suceso, deplorando que sus predicciones se hubieran cumplido, discurría por las calles de la poblacion, cuando de pronto se vió rodeado por una multitud furiosa que le denostaba con los más repugnantes epítetos, haciéndole responsable de la falta por ellos cometida.

En vano trató el desgraciado de defenderse; en vano de hacerles comprender todo lo injusto de su proceder. La cólera les cegaba; los gritos de «traidor» resonaban por doquiera; la acusacion de amigo de los españoles estaba en todos los labios y su sententia de muerte escrita en todos los semblantes.

Entónces, dice un historiador de estos sucesos, «un hombre de los más bajos de ellos le atravesó con una espada, acudieron todos sobre él, y con aquella furia infame le cortaron la cabeza, le colgaron de un pié y le sacaron el corazon y se lo enviaron á su mujer, que era de particular nobleza y hermosura; crueldad más que bárbara y que no se puede contar más que de caribes (1).»

El desgraciado caballero, víctima de su ligereza en no conocer lo que podía dar de sí una revolucion bajo las formas que ya se había iniciado la de Nápoles, pronunció estas palabras al tiempo de morir, palabras en las cuales están gráficamente demostrados los propósitos que le habían encaminado en cuanto hiciera:

Muero por Dios, por el rey y por el pueblo, pues juro que mis acciones todas se han encaminado sólo á conciliar los ánimos para dar paz á mi afligida patria (2).

La muerte del marques de Toralto dejaba vacante el puesto de jefe del movimiento y fué necesario pensar en quién había de ocuparle.

Difícil era que nadie quisiera ocupar un lugar en que tan expuesto se estaba y en que tan fácil era llegar á ser ídolo hoy para perecer asesinado mañana.

Así fué que, á falta de otro, eligieron por generalísimo á un maestro arcabucero, llamado Genaro Anese, nombramiento que tuvo lugar el día 22 de octubre.

El nuevo general era completamente lego, si así podemos expresarnos, en el cargo que estaba llamado á desempeñar.

Torpe y vulgar, podía ser uno de tantos, pero no el que encauzase y dirigiese un movimiento de aquella importancia y ménos el que pudiera dirigir un combate.

En su consecuencia, un antiguo maestro de campo general, enemigo acérrimo de España, llamado Brancaccio, fué el encargado de dirigir y de organizar las fuerzas revolucionarias, quedando Anese en el cargo puramente honorífico de generalísimo.

(1) Hist. MS. de Felipe IV, lib. XVI.
(2) De Santis: Capececiatro, MS.

Una vez hecho esto, los napolitanos comprendieron que era menester que justificaran y definiesen verdaderamente su actitud á los ojos de Europa, y en su consecuencia, dieron un manifiesto por el cual se declaraban independientes de España por las razones expuestas en otro lugar y que habían dado lugar á su movimiento.

Lógico era que, dado el extremo á que habían llegado las cosas, á nadie sorprendiera semejante documento, pues era lo que verdaderamente se esperaba.

Sin embargo, esta independencia era ya fácil presumir que no había de llevarse á cumplido efecto, ni solidarse lo bastante para asegurar un porvenir como el que se prometían los revolucionarios.

La nobleza que había conseguido escaparse de Nápoles, los partidarios de España, los que habían permanecido fieles al Monarca y que se pudieron librar de las iras populares, habían ido poco á poco reuniéndose, y cuando se creyeron en número bastante, principiaron á pensar en los medios de ahogar aquella revolucion, más imponente por el número que por la direccion y forma empleada.

Para este efecto, incapaces para formar un ejército con el cual poder sitiar la capital y tomarla á viva fuerza, subdividieron en pequeñas partidas y empezaron á recorrer todos los caminos que á la capital conducían.

Los efectos de este plan pronto se principiaron á sentir. Nápoles se hallaba casi bloqueada por aquellas partidas que se aproximaban á sus puertas, y fué menester que los amotinados trataran de alejarlas.

Salieron, en efecto, y en los primeros encuentros forzoso es convenir en que los rebeldes llevaron la mejor parte.

Pero despues tornósele contraria la fortuna.

El marques de Tuttavilla se puso al frente de los nobles, y desde este momento los triunfos de los amotinados dejaron de ser tan frecuentes.

Derrotóles en varios combates de importancia, y estrechando el bloqueo cada vez que destruía una de las columnas enviadas á combatirles, puso á la ciudad en gran aprieto, en términos que llegó la ocasion de faltar los mantenimientos para tanta gente como se había reunido en ella.

Un nuevo acontecimiento, surgido en medio de la revolucion de Nápoles, vino á dar á ésta un nuevo sesgo, haciendo temer durante algunos días que aquel reino se perdiese definitivamente para España.

Hallábase en Roma Enrique de Lorena, duque de Guisa, el cual era descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, y en este concepto alegaba derechos al trono de Nápoles, y como precisamente en este reino existían todavía algunos individuos pertenecientes al antiguo partido anjevino, una vez rota la valla que hasta entónces les tuviera sujetos á España, tanto con objeto de poner al frente del movimiento á una persona de autoridad y prestigio, cuanto para buscarse el apoyo de la Francia, eligieron por su caudillo, proclamáronle en este sentido, y partieron inmediatamente á Roma los enviados que le llevaban la noticia de su eleccion.

Apresuróse el de Guisa á embarcarse con el beneplácito del embajador francés, y una vez en Nápoles, proclamáronse los napolitanos independientes, y erigiéndose en república al modo que lo estaban las provincias unidas de Holanda, confrieron al duque de Guisa las mismas preeminencias que aquéllas otorgaron al príncipe de Orange.

El nuevo Generalísimo, título que se le concedió al Duque, comenzó por organizar la insurreccion, y arrojando á los españoles de algunos puntos que ocupaban todavía en la ciudad, se enseñoreó por completo de ella.

Las provincias de Salerno y Vasilicata alzáronse en su favor, y con este apoyo y el de la escuadra que bajo el mando del duque de Richelieu envió el cardenal Mazarino, que á la sazón regía los destinos de Francia, pudo creerse con algun fundamento en la pérdida definitiva para España del reino de Nápoles.

Tal vez hubiera esto llegado á realizarse á ser más sincera la ayuda del cardenal Mazarino; pero como éste no podía ver con gusto el engrandecimiento de la casa de Lorena, tratando de ganar un nuevo reino para Francia, contribuyó eficazmente para que España lo conservase.

Las instrucciones que llevaba Richelieu se circunscribían á suscitar las rivalidades que existían entre Genaro Anese, anterior caudillo popular, y el duque de Guisa, mostrándose más bien favorable á aquél que á éste.

Presto conocieron los españoles el juego de Mazarino, y una vez comprendido, no juzgaron tan desesperada la partida.

En su consecuencia, preparáronse á utilizar aquella division que tan ventajosa había de serles.

El duque de Richelieu llevaba una escuadra compuesta de treinta y nueve navíos de línea, once brulotes y veinte galeras, formidable escuadra que hizo creer á todo el mundo que, una vez puesta al servicio de la revolucion, no podía ménos de darle pronto y seguro triunfo.



VICTORIA ALCANZADA POR D. JUAN DE AUSTRIA EN LAS AGUAS DE NÁPOLES.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXXXVIII.

Combate naval en las aguas de Nápoles.—Triunfos de D. Juan de Austria.—Ahógase la insurrección.—Condiciones de Francia para la paz.

DOBLE y artificiosa era la conducta seguida por el cardenal Mazarino, y expuesta á que le diese un resultado totalmente distinto del que se prometía.

Jugando, como vulgarmente se dice, con dos barajas, mientras aparentaba proteger al de Guisa, y auxiliarle en su empresa, animaba á los envidiosos de aquél, fomentaba sus esperanzas y preparaba la ocasión de hacerse con aquella presa que otros habían puesto ya en el camino de sus ambiciones.

Pero su cálculo quedó completamente defraudado. Conocida la situación por los españoles, trataron de sacar partido de ella, y D. Juan de Austria, reuniendo las naves españolas, sostuvo durante seis horas encarnizado combate con la escuadra francesa, sin que tuviera un resultado definitivo, es verdad, pero se vió con gran sorpresa que Richelieu con sus naves se alejaba sin empeñar nuevo combate, dejando al de Guisa en situación bastante comprometida.

Desde este momento pudo considerarse ya vencida aquella insurrección que tan formidable se presentara poco tiempo ántes.

Cierto que en el campo español existían también desidencias entre los generales, pero mayor era el disgusto que experimentaban los napolitanos al ver la licenciosa conducta observada por el de Guisa y el orgullo que le inspiraba la posición en que ellos mismos le colocaron.

Le veían además falto del apoyo de Francia, apoyo con el cual habían contado, y esto influía en gran manera para su disgusto también.

Unamos á esto que el duque de Arcos no se daba un momento de reposo para fomentar aquel disgusto, y fácilmente se comprenderá que no era tan favorable, como al principio pudo creerse, la situación del duque de Guisa.

En este estado D. Juan de Austria asumió el cargo de virey, cesando el de Arcos en aquel mando, en el cual tan poca destreza había mostrado; pero la corte de Madrid posteriormente sin desaprobar lo hecho por D. Juan, nombró para el vireinato al conde de Oñate, que estaba de embajador en Roma, y cuyos superiores conocimientos, severidad y rectitud, hacían presumir fundadamente un satisfactorio resultado de su nombramiento.

D. Juan de Austria supo resistir los vigorosos é incesantes ataques que dieron á sus puestos los napolitanos, y cuando el conde de Oñate llegó á Nápoles se encontró con que el ejército español, no solamente no había perdido una pulgada de terreno, sino que con su actitud había contribuido á aumentar las disidencias entre sus contrarios.

Hábil diplomático el de Oñate, fomentó aquellas disidencias, y al mismo tiempo buen guerrero, aprovechando la imperdonable ligereza del de Guisa en abandonar la ciudad, llevándose lo más escogido de la guarnición para apoderarse de la isla de Nisida, ocupada por los españoles, dispuso convenientemente sus tropas y atacó simultáneamente la ciudad por distintos puntos, consiguiendo apoderarse de ella, pudiendo decirse con un historiador moderno, que «aquel día acabó una revolución que se había presentado tan imponente, y que si bien no duró sino escasos ocho meses, corrió en este espacio tantos lances y vicisitudes como si hubiera durado años.»

Fácilmente se comprende que, al ver sometida la ciudad, no persistirían en su resistencia las demas provincias, y en su consecuencia no tardó mucho tiempo en volver al dominio de España todo aquel reino que tan á punto estuvo de perderse, cayendo prisionero el mismo duque de Guisa, que salvó la vida merced á la intervención de D. Juan de Austria, siendo enviado á España y encerrado en el alcázar de Segovia.

Segun dicen algunos escritores extranjeros á los cuales hemos citado ya para el trabajo que vamos haciendo, no fué todo el triunfo alcanzado en Nápoles debido á la fuerza de las armas, si no que tuvo gran parte en él la traición.

Segun parece, Genaro Annese, celoso como se hallaba del poder conferido al duque de Guisa, y resentido al mismo tiempo por el orgullo y la altivez de que ya hemos hecho mérito, deseaba que se le presentase una ocasión para vengarse.

En su consecuencia púsose en comunicación con los españoles, y les hizo la proposición de facilitarles la entrada por la puerta de Santa Ana, con tal que ellos entretuviesen al de Guisa por espacio de algunas horas.

Cuando estos tratos estaban á punto de ultimarse, ocurrió el hecho de Nisida, que produjo la salida del Duque en aquella dirección, segun ya hemos manifestado, y esto facilitó en gran manera los propósitos de Annese.

Por lo tanto, ya no tuvo éste que hacer otra cosa sino abrir aquella puerta por la cual entraron los españoles (1).

Toda esta anécdota, sobre carecer de comprobantes que la justifiquen, comprobantes tanto más necesarios cuanto es más importante un suceso, cae por su base desde el momento en que se sabe que precisamente Annese estuvo defendiéndose hasta el último ex-

(1) Weis, España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones.

tremo en el torreón del Carmen, y que finalmente hubo de morir de orden del conde de Oñate por haber querido más tarde promover otra sublevación (1).

Grandes castigos llevó á efecto el conde de Oñate, corriendo en abundancia la sangre en Nápoles, dando tan excesiva severidad lugar á que se fraguasen nuevas conspiraciones que, descubiertas, no hacían más que procurar nuevas victorias.

Una de ellas tenía por objeto asesinar al Virey y ofrecer la corona de aquel reino á D. Juan de Austria, pero éste supo mostrarse digno, y rechazando la oferta procuró ayudar al de Oñate á restablecer el orden.

La alianza del emperador de Austria con el rey de Francia fué un nuevo golpe para España, y una prueba de la ingratitud humana, puesto que Fernando, dando al olvido que España había sacrificado sus hombres y sus tesoros para sostenerle, se alió con su enemigo, porque creyó sin duda que más útil podía serle éste que aquélla.

Semejante decepción y las guerras que estaba sosteniendo España, obligaron á negociar la paz con Francia, al objeto de poder atender con más holgura á la guerra de Cataluña y Portugal.

Orgulloso Mazarino con los triunfos obtenidos hasta entónces, al ver que los españoles tenían necesidad de algun respiro, cegado por la soberbia impuso por condición que se cediesen á Francia los Países Bajos, el Franco Condado y el Rosellon.

Fácilmente se comprende que tan desatentadas condiciones eran indignas, y por lo tanto, sublevado el orgullo nacional, y con justa razón, fueron rechazadas con dureza.

Mas no había de tardar mucho en encontrarse Mazarino en situación bastante crítica también, que no era sólo en España donde los tributos y las exacciones tenían afligidos y descontentos á los pueblos.

Francia tiempo hacía que estaba llevando muy á mal los excesivos tributos con que la estaba sacrificando para sostener las guerras que la rivalidad de Richelieu primero, y el orgullo y la ambición de Mazarino despues, excitaba á cada paso.

Especialmente éste, en su calidad de extranjero, concitó doblemente contra sí la animadversión popular, y bien pronto el partido de oposición, contra el ministro necio, con la ayuda de muchos nobles y caballeros, justamente ofendidos por el Cardenal-ministro.

De aquí nacieron las guerras llamadas de la Fronde, que tanta sangre causaron, y que tan honda perturbación produjeron en el reino.

Divididos los grandes y el pueblo en dos partidos, favorable á la corte el uno, y contrario á ella, ó mejor dicho, á Mazarino el otro, la corte de Madrid vió llegado el momento de aprovecharse de aquel estado en beneficio propio.

Así fué que procuró excitar por medio de agentes diestros las rivalidades de ambos bandos, y mientras tanto, tomando la ofensiva en Flándes, iban ganando las tropas españolas plazas importantes, adquiriendo una importancia de que hacía bastante tiempo se encontraban privadas.

La corte francesa, que se había visto obligada á abandonar á París, no tuvo otro remedio que llamar cerca de sí las tropas que en aquellas provincias mantenía, y merced á esto los generales españoles no se daban un punto de reposo á fin de resarcirse de anteriores contratiempos.

Para contener el mal, procuraron entenderse los de la Fronde y la corte, mas no tardó en encenderse con mayor violencia la lucha, y mientras varios de los principales jefes de la Fronde eran presos por el Cardenal, otros, y entre ellos el vizconde de Turenna, escapó á Flándes, y ofreció su espada á los españoles, que á la sazón tenían otro enemigo sumamente amenazador.

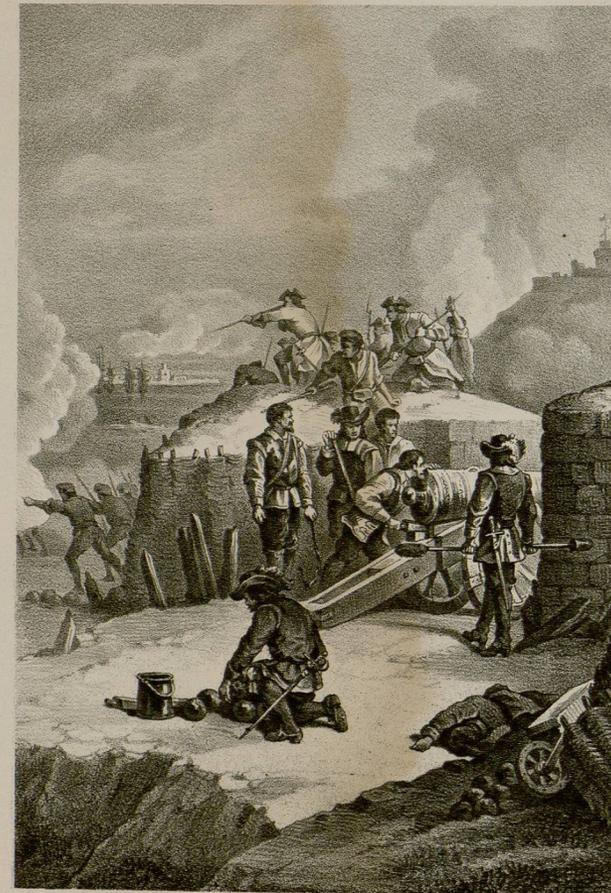
Precisamente una de las razones que movieron á Cromwell, por lo que posteriormente pudo juzgarse, á preferir la amistad de Francia á la de España, fué que aquélla no tenía marina ni vastas posesiones en América y en la Indias, como á ésta le sucedía.

En los ambiciosos proyectos del protector entraba el apoderarse de algunas de aquellas colonias, y para este efecto, celebrando un tratado con Francia, por el cual se convenían las dos naciones en unir sus fuerzas para arrebatar del poder de los españoles las plazas de Gravelinas, Mardyck y Dunkerque, de las cuales, estas dos últimas habían de quedar para los ingleses, daba sus órdenes á las fuerzas navales con que contaba para apoderarse de Méjico.

Tal vez hubiera conseguido este propósito, pero la presteza de los españoles en acudir en su socorro, frustró su tentativa, y entónces cayeron con todo su poder sobre la isla de Jamaica, la más preciosa de las Antillas, consiguiendo sorprenderla, merced á lo inesperado de su ataque, sin que pudieran alcanzar nada despues todos los esfuerzos de los españoles para recobrarla.

También intentaron apoderarse de Cuba y Tierra Firme, y aun cuando nada consiguieron respecto á ellas, dedicáronse las escuadras inglesas á recorrer aquellos mares, apoderándose de nuestros buques y recogiendo grandes sumas de dinero, causando graves perjuicios al comercio, y la pérdida de muchos hombres.

(1) De Santis, Duque de Rivas, conde de Módena.



J. SEPRA. Lit.

Lit. VIDAL, Olin. 27.

SITIO DE BARCELONA POR D. JUAN DE AUSTRIA.